

Arthur C. Clarke
y Paul Preuss

VENUS
PRIME II
TORBELLINO

Segundo título de la
espectacular serie
de novelas de ciencia
ficción por el autor de
2001: una odisea espacial.



Basado en el relato corto «Maelstrom II» (1965) de Arthur C. Clarke.

Después de tomar un descanso en Puerto Hesperus, Sparta es enviada a Venus para rescatar a un equipo de científicos que han quedado atrapados en el infierno gaseoso del planeta. Su exitoso rescate conduce a la recuperación de un artefacto que puede probar la existencia de vida extraterrestre. Después, es enviada a la Luna para investigar el intento de sabotaje de la catapulta electromagnética local.

Mientras tanto, en busca de ayudar a Esparta a saber más acerca de su pasado, Blake va a París, infiltrándose en la sociedad de los Atanasios, una supuesta organización benéfica que ofrece refugio y otros servicios a los jóvenes sin hogar. Después de entrar, Blake confirma que la sociedad es en realidad la Hermandad del Espíritu Libre, el culto responsable de hacer a Sparta sobrehumana.

PRÓLOGO

El ligero viento silbaba con estridencia en el paisaje helado. Agujas y festones de hielo salían de la arena apretada y se clavaban en la tierra arrastrada por el viento. Gárgolas de hielo colgaban de acantilados de un kilómetro de altura sobre la llanura polar.

El viento era demasiado tenue para mantener algo vivo, pero no tanto como para no arrastrar la tierra abrasiva. Ésta grababa la roca, amontonaba la arena y esculpía el hielo y la dura piedra formando arcos, contrafuertes y montes. El tenue viento era como una excavadora.

El agujero que ahora excavaba, en la arena de debajo del hielo, contenía un pedazo de metal. El metal era duro y reluciente; no tanto como para no haberse roto —quién sabe cuándo o cómo— pero sí como para que la tierra que el viento arrastraba no pudiera estropear su superficie espejada.

Alguna otra cosa había grabado el metal y formado canales en él. Los canales eran diferentes unos de otros, pero todos tenían la misma altura, anchura y profundidad. Iban en línea recta. Había tres docenas de ellos, de diferentes tipos, pero se repetían en diversas secuencias hasta formar un total de más de mil, grabados en el metal.

Un año marciano después de que el viento excavara la arena de debajo del hielo e hiciera aparecer el espejo grabado, vino un hombre con traje presurizado, lo encontró, y se lo llevó.

—Estás loco, Johnny, no puedes guardar en secreto una cosa así. ¿Cómo vas a sacar dinero de algo que al parecer nadie ha visto nunca?

—¿Estás diciendo que no vale nada, Liam?

—Digo que vale demasiado. Es único. No sacarás ningún dinero de ello, ni legal ni ilegalmente.

Esta conversación fue tan privada como podía serlo en aquel lugar, en un rincón debajo del soporte del tubo de la cúpula de la torre de perforación, donde escondían la bebida y la droga. El jefe de la tripulación lo sabía todo; pero no decía nada, con tal de que nadie apareciera colocado en los monitores de la compañía. Pero aquí había que hablar en susurros. Estas malditas bóvedas transmitían el sonido de un extremo a otro igual que un fonoenlace, y nunca se sabía quién estaba escuchando al otro lado.

—Vaya, nunca creí que me acusarían de estar en posesión de algo demasiado valioso.

—No digas tonterías. Ya te has llevado mucho.

—Sí, y tengo intención de hacerlo otra vez esta noche. Tienes otra oportunidad antes de que aparezcan los otros. Preséntame a esos compañeros tuyos de Lab City, puedes quedarte con una tercera parte.

—Olvídalo. Es mejor entregarlo. De ese modo al menos eres un héroe. Cada día que lo conserves estarás pidiendo un billete para la cárcel.

Las puertas del pasillo chasquearon lejos, al otro lado de la cúpula. El eructo de alguien resonó en la columna.

—¿Y si te dijera que allí fuera hay más, Liam? Otro material con esta escritura extraña. Y no sé qué es.

—¿Pretendes embaucarme, Johnny?

—Demonios, no.

—¿Hay mucho material?

—Primero decídete.

—Lo pensaré.

—¡Eh, chicos! —Detrás de ellos sonó una carcajada—. Es la hora del juego.

—No quiero que circulen historias, Liam —apenas un susurro ahora—. Eres el único en Marte que sabe lo que tengo.

—Puedes confiar en mí, John.

—Bien. Los dos conservaremos la salud.

Una semana más tarde, con cuatro días de retraso respecto al programa, la tripulación por fin tuvo preparada la torre y empezó a hundir el tubo. El sol descendía en el rojo cielo marciano, arrastrando consigo unos parhelios. Liam y Johnny trabajaban con el cabezal portabroca. Habían llegado al hielo permanente tras cuatro horas de arduo trabajo, cuando el tubo dio una sacudida. Nadie supo jamás cómo ocurrió, pero no fue ninguna sorpresa, pues no se trataba de una nave hermética. Aun así, Johnny se puso nervioso y se le escapó la herramienta, y el extremo del tubo que estaba funcionando explotó e hizo un agujero en el hielo. Por norma, esto habría hecho que algunas personas volvieran rápidamente a la cola del desempleo de Labyrinth City, pero justo debajo de ellos había una gran bolsa de gas presurizado en la capa de hielo permanente y también explotó, y todo el soporte del tubo voló por los aires como un manojo de pajas, y después todas las pajas bajaron y cayeron sobre Liam y John.

Un fino cabello rubio de hombre cayó a pocos milímetros del metal grabado, sobre el tapete de bayeta verde en el que descansaba.

—¿Cómo llegó a estar en posesión de una cosa tan exquisita como ésta?

El hombre era alto y de complexión robusta, pero sus movimientos eran precisos y delicados. Cuando se inclinó para inspeccionar la placa, tuvo buen cuidado de no dejar que ni un cabello la tocara; incluso le disgustaba que el aliento enturbiara su superficie reluciente.

—Debió de encontrarla en la arena, en algún momento durante los últimos dos meses. Seguro que no tenía la más mínima idea de su valor.

El otro hombre era mayor, delgado y con el pelo muy corto. Proyectó un holomapa del Polo Norte en la pantalla.

—Nuestra tripulación ha encontrado estos cuatro emplazamientos desde que ellos se fueron en primavera. Pasaron unas dos semanas en cada uno. —Su embotado dedo índice presionó cuatro puntos incandescentes que formaban una curva mellada en torno al hielo terraplenado—. La disciplina era espantosa, Albert. La gente cogía rovers a escondidas para ir a pasear siempre que quería. A dónde iban, no se sabe. He despedido al capataz y al director de distrito. Aunque no a tiempo para servirnos de nada, lamentó decirlo.

El hombre alto, arqueólogo, se irguió y se echó el pelo hacia atrás. La tristeza de su boca ancha y curvada hacia abajo quedaba contrarrestada por unos ansiosos ojos grises, unas cejas exuberantes y una frente que ascendía a las elevadas latitudes del cráneo antes de desaparecer bajo el rubio cabello.

—No es posible que esto fuera un objeto aislado. Seguro que allí se encuentra un tesoro incomparable.

—Y nosotros haremos todo lo posible para encontrarlo —dijo el ejecutivo—. Aunque no podemos tener muchas esperanzas. Al menos esta pieza ahora está en buenas manos.

Juntos la estudiaron en silencio. La veneración del técnico era tan profunda como la del arqueólogo.

El rubio arqueólogo había pasado diez años siguiendo a los equipos de perforación, investigando las arenas congeladas y estudiando las corrientes de agua de Marte que se habían secado y reducido a polvo mil millones de años atrás. Él y sus colegas especializados en paleontología habían hallado fósiles en abundancia, formas sencillas altamente adaptadas a un clima que había oscilado entre ex-

tremos terribles de humedad y sequedad, vientos y calma, frío y más frío.

Pero lo que atraía a los arqueólogos hacia este terreno poco poblado eran los restos dispersos de un orden de vida diferente: no eran fósiles, no eran fragmentos de conchas o de huesos, sino los residuos de lo que habrían podido ser utensilios hechos con aleaciones nuevas y, de vez en cuando, torturantes sugerencias de lo que podrían haber sido estructuras. Todas estas criaturas —la vida abundante que se había arrastrado a través de Marte y revolcado en las arenas mojadas al lado de las inundaciones repentinas que limpiaban los desiertos, y los seres, cualesquiera que fueran, que habían dejado sólo sugerencias de su avanzado desarrollo— habían florecido y desaparecido antes de que la vida en la Tierra evolucionara y se convirtiera en algo más complejo que algas verdiazules.

Ahora, el espejo de metal que estaba sobre el escritorio, grabado con mil caracteres, daba testimonio de que mil millones de años atrás, Marte había sido anfitrión de una cultura elevada.

—Supongo que Forster ya tiene conocimiento de esto.

—Sí, lamento decirlo —respondió el técnico—. El rumor se ha difundido con gran rapidez. Forster viene hacia aquí, procedente de la Tierra.

Una sonrisa asomó a la boca apesadumbrada del arqueólogo.

—Será divertido ver qué hace.

—Ya ha dado una conferencia de Prensa, y ha puesto nombre a los autores de esto.

—¿Ah sí? ¿Qué nombre?

—Les llama Cultura X.

El triste arqueólogo se permitió comentar con un gruñido divertido:

—El querido profesor Forster. Siempre tan lleno de energía. No siempre muy original.

—Eso, al menos, nos favorece.

A pesar de sus esfuerzos, los equipos de perforación o los científicos no hallaron jamás rastro alguno del tesoro escondido de Marte. Pero diez años después del descubrimiento de la placa marciana, en la superficie de Venus —un planeta tan diferente de Marte como el infierno del limbo— un robot minero se encontraba explorando en un estrecho cañón cerca de una antigua playa, una playa de mil millones de años. La probóscide con punta en forma de rombo del robot atravesó un muro de roca y encontró cosas extrañas. Al cabo de pocas horas corrió por todo el sistema solar la noticia de que la Cultura X había sido, sin duda alguna, una especie que había viajado por el espacio.

Primera parte

A LA BÚSQUEDA DEL TIEMPO PERDIDO

1

Sparta cerró los ojos, se estiró en la bañera y dejó que la barbilla rozara la línea del agua. En el umbral del sonido, el agua siseaba. En las pestañas se le condensaban pequeñas gotitas de agua; unas burbujas invisibles le hacían cosquillas en la nariz. En el aire flotaba un leve olor a sulfuro.

La formulación química exacta de los minerales en el agua se le apareció de manera espontánea en la mente; cada día cambiaba, y hoy la mezcla del agua imitaba los baños de Cambo-les-Bains, en el País Vasco francés. Sparta analizaba sin darse cuenta el ambiente allí adonde iba. Era un reflejo.

Flotaba con facilidad, ella pesaba menos, y el agua también, de lo que habrían pesado en la Tierra. Se encontraba muy lejos de la Tierra. Los minutos transcurrían y el agua caliente la mecía y la aletargaba mientras saboreaba la noticia que había estado esperando durante tanto tiempo y que no había recibido hasta ese día: las órdenes del cuartel general de la Junta Espacial que le indicaban que su misión aquí había concluido y que la reclamaban en la Central de la Tierra.

—¿Es usted Ellen? —La voz era suave, tentativa, pero cálida.

Sparta abrió los ojos y, entre el vapor, vio a una mujer joven, de pie, desnuda salvo por la toalla que le envolvía la cintura. Llevaba el lacio cabello largo recogido en un moño.

—¿Dónde está Keiko?

—Keiko hoy no ha podido venir. Soy Masumi. Si le parece bien, le haré yo el masaje.

—Espero que Keiko no esté enferma.

—Se trata de un asunto legal sin importancia. Me ha pedido que me disculpe por ella, con toda sinceridad.

Sparta escuchó la voz dulce de la mujer. No oyó más que la simple verdad. Se levantó de la bañera. Su tersa piel, sonrosada por el calor, brillaba a la luz filtrada procedente de la terraza. La luz difusa se derramaba sobre su figura menuda de bailarina, sobre sus pequeños senos, sobre su estómago y abdomen planos y sus esbeltos y duros muslos.

El cabello rubio despeinado, empapado donde había estado sumergido, le caía liso hasta la línea de la mandíbula; lo llevaba cortado de forma tal que demostraba poco interés por la moda. Sus gruesos labios estaban siempre separados, probando el aire.

—Tome, una toalla —dijo Masumi—. ¿Le gustaría ir a la terraza de arriba? Todavía nos queda una hora de luz de Venus.

—Sí, claro.

Sparta siguió a la mujer por delante de la hilera de humeantes bañeras y escaleras arriba hasta la azotea, secándose el agua de los hombros y de los senos mientras caminaba.

—Disculpe un momento, por favor. Olvidaron entrar las mesas antes de la última lluvia.

Masumi hizo caer el agua que cubría la mesa para masajes y la secó, mientras Sparta permanecía de pie junto a la

barandilla baja, eliminando las últimas gotas de agua que le quedaban en los costados y las pantorrillas.

Contempló el paisaje de casas y jardines de Puerto Hesperus que se extendía más abajo. Los tejados planos descendían de forma escalonada, como los tejados de una aldea griega en una empinada ladera; cada casa poseía su patio interior con árboles de cítricos y plantas con flores. En la parte inferior de la colina se encontraban las calles principales de la ciudad, y entre ellas había jardines de exótica vegetación y elevados árboles, pinos gigantescos y abetos, altos álamos y amarillos ginkoes. Estos famosos jardines, diseñados por Seno Sato, eran lo que convertía a Puerto Hesperus en destino que merecía una visita turística.

Las calles y los jardines ascendían curvándose hacia la izquierda y la derecha y se unían muy por encima de la cabeza de Sparta. Detrás de ella y a ambos lados, una enorme concavidad hecha de tablillas de vidrio se elevaba y abarcaba las casas y los árboles en un único globo. A medio kilómetro en el cielo cercado, un huso metálico hacía girar esta esfera de vidrio y metal, plantas y gente; alrededor del reluciente huso, el poblado globo giraba dos veces por minuto.

A la derecha de Sparta, la luz del sol se derramaba en el interior de la esfera. A su izquierda, un arco de Venus relucía como un escudo pulido; las blancas nubes del planeta no mostraban ningún detalle, parecían no moverse, aunque eran arrastradas por vientos supersónicos. Sobre la cabeza de Sparta, el sol rivalizaba con el reflejo de Venus: un millón de reflejos, uno en cada tablilla, que giraban en torno al eje de Puerto Hesperus.

La estación de órbita elevada tardaría otra hora en pasar sobre el hemisferio iluminado y entrar en la noche. Según el sol natural, los días de Puerto Hesperus sólo duraban unas horas, pero la gente creaba su propio tiempo.

—¿Querría que trabajara algo en particular? —preguntó Masumi—. Keiko mencionó que tenía frecuentes dolores de

cabeza.

—Parece que tengo mucha tensión en la base del cráneo.

—Si hace el favor de tumbarse...

Sparta se tumbó sobre la mesa con la mejilla apretada contra la almohadilla. Cerró los ojos. Oyó que la mujer se movía cerca de ella, preparando las cosas: el aceite, las toallas, el taburete en el que se subiría cuando tuviera que llegar a la parte inferior de la espalda de Sparta desde arriba. Con su agudo oído, Sparta oyó el casi inaudible ruido que hacía el oloroso aceite al verterse sobre las manos de Masumi, oyó el ruido más fuerte que hizo Masumi al golpearse con viveza las palmas de las manos y calentar el aceite...

El calor de las palmas de las manos de Masumi se quedó suspendido a dos centímetros de los hombros de Sparta; luego descendió con fuerza y haciendo vibrar la musculatura... A medida que transcurrían los minutos, los fuertes dedos y el dorso de las manos se hundían en los músculos de la espalda de Sparta en toda la longitud de su tronco, desde los hombros hasta las nalgas, y hasta los hombros otra vez, y por los brazos hasta los dedos vueltos hacia arriba y ligeramente curvados.

Allí Masumi vaciló. Detenerse en este momento al efectuar un masaje, justo después de un comienzo fuerte, no era propio de una masajista alerta y preparada... pero Sparta estaba acostumbrada a ello y esperó la pregunta.

—¿Se hizo alguna herida?

—Un accidente de tráfico —murmuró Sparta con la mejilla apretada contra la mesa—. Cuando tenía dieciséis años. Hace casi diez. —Era una mentira repetida tan a menudo, que a veces olvidaba que lo era.

—¿Injertos de hueso?

—Algo así. Refuerzos artificiales.

—¿Tiene sensibilidad?

—Por favor, no te preocupes —dijo Sparta—. Keiko suele apretar a fondo. Me gusta.

—Muy bien.

La mujer reanudó su trabajo. Los repetidos largos golpes de las manos de Masumi sobre la piel desnuda de Sparta le hicieron entrar en calor; se sintió hundirse cálidamente en la mesa acolchada, bajo el cálido sol, la calidez reflejada de Venus y la calidez circulante de la gran esfera de la estación espacial. Bajo las hábiles manos de Masumi, no tardó mucho en quedar absolutamente relajada.

Los párpados de Sparta se abrieron al sentir una aguda punzada de dolor, cuando los dedos de Masumi presionaron un nudo que tenía en el hombro derecho. Bajo la insistente presión de los dedos de la masajista, los músculos tensos de Sparta poco a poco fueron aflojándose... no sin la cooperación voluntaria de ésta. Y cuando por fin el nudo se deshizo, sintió una desacostumbrada oleada de emoción...

*Ella podría ser la más grande de todos nosotros
Se resiste a nuestra autoridad
William, es una niña
Resistirse a nosotros es resistirse al Conocimiento*

Un gruñido se escapó de los labios separados de Sparta. Masumi prosiguió su trabajo, sin efectuar ningún comentario. Bajo los efectos del masaje profundo de los tejidos, la gente a menudo aliviaba de manera involuntaria momentos de angustia pasada; dejar resurgir esos recuerdos formaba parte del proceso.

Sparta había aprendido pronto esa lección poco después de su primera visita al espacio; era la razón por la que se había acostumbrado al estilo de masaje de Keiko. Las manos expertas de Keiko no sólo le habían aliviado el dolor del cuerpo, sino que le habían permitido ahondar más en sus recuerdos enterrados, igual que Masumi hacía ahora.

Recuerdos y mentiras. Falsos recuerdos.

Las voces que oía eran las voces de las personas que habían tratado de borrar todos sus recuerdos. Habían intentado arrancárselos con un cuchillo. No querían que recordara lo que le habían hecho. No querían que recordara a sus padres, que ni siquiera se preguntara qué había sido de ellos. Y al final, no habían querido que viera. Habían hecho todo lo posible para matarla; lo habían intentado una y otra vez.

Un médico compasivo había reparado todo lo que había podido, pero cuando actuó ya habían transcurrido varios años.

Las capacidades somáticas de Sparta habían sobrevivido. Podía hacer cosas que no recordaba haber aprendido a hacer. Habían interferido en su cuerpo de un modo que sólo comprendía parcialmente. En su memoria quedaban muchos hechos de antes de la intervención, pero sólo unos fragmentos de después; las cosas se le aparecían en momentos extraños, en contextos extraños. No obstante, sabía que no quería ser lo que había sido.

Sparta adoptó un nuevo nombre, una nueva identidad, un nuevo rostro.

Después, ellos se enteraron de quién era y de dónde se encontraba.

Ella no sabía quienes eran, excepto uno de ellos, que ahora se hallaba incapacitado de modo permanente y no representaba un estorbo y otro, al que más temía y odiaba. Sparta no sabía si lo reconocería cuando conviniera.

Las manos de Masumi se hundieron de nuevo en sus hombros. Sparta flotaba en el dolor y se dio cuenta de que empezaba a tener sueño. Cerró los ojos. Oyó unas voces animadas —en inglés, árabe, japonés, ruso, voces de niños algunas de ellas— que venían de lejos, de las bulliciosas calles que flanqueaban los jardines de Sato.

Otro recuerdo acudió a su mente, éste de menos de un año. La primera vez que había puesto los ojos en los hermosos jardines de Sato se encontraba escondida en la sala

del transformador dentro del huso central, atisbando a través de una reja. No se encontraba sola. Con ella estaba un hombre que la había perseguido y hallado, con quien no había hablado desde su vida anterior, en quien no confiaba pero quería hacerlo. Su nombre era Blake Redfield; era casi de su edad y, como ella, había sido elegido para los experimentos, aunque a él no le habían hecho lo que a ella. Ocultándose de enemigos aún desconocidos en la sala del transformador, Blake le había contado lo que sabía del pasado de ella, del proyecto SPARTA que les había unido y del que ella sacó su nombre secreto. En aquella ocasión habían escapado de sus perseguidores, pero se hallaban lejos de estar fuera de peligro.

Pasó casi una hora pensando en Blake, pensamientos que alternativamente agradaban y asustaban a Sparta. Cuatro meses atrás, Blake la había abandonado para regresar a la Tierra, advirtiéndole que no tendría noticias suyas durante un tiempo, pero negándose a decirle por qué. Sparta no había sabido nada de él desde...

Masumi levantó las manos y dijo:

—Ahora descanse un momento. Cuando se sienta cómoda dese la vuelta.

Después de efectuar una larga y profunda inspiración, Sparta se puso de espaldas. Por un momento, como siempre, se sintió terriblemente expuesta.

Masumi estaba detrás de su cabeza y se la sostenía con ambas manos, moviéndola con suavidad de un lado al otro, estirándole los músculos del cuello y efectuando un lento masaje hasta los hombros.

Cuando sus manos pasaron al pecho y las costillas de Sparta, ésta abrió los ojos con involuntario temor. Bajo su diafragma había estructuras artificiales que eran sensibles al tacto. Sparta hizo esfuerzos para relajarse, para dejar que las manos de Masumi se desplazaran sobre los músculos oblicuos de su abdomen, procurando que no se revelara su extraño interior.